YMÁLAGA.com
PERIÓDICO DIGITAL

Que venza el sol

Secuencias

11-03-2012 20:59

Hoy el sol se cuela por las rendijas de las ventanas cegadas con tablones, desperezándose ajeno e infantil. Me incorporo entre callados lamentos de mi litera y me acerco a una fisura de la madera que me permite verle luchar con las nubes y el humo. Como siempre, acabará perdiendo la porfía y se impondrá un día gris y amenazante acorde con las circunstancias.

Me cuesta recordar aquellos gozosos amaneceres de verano, generosos en luz de un sol que entraba sin limitaciones en nuestra casa. Es agradable recordar esos días, pero por otra parte no quiero hacerlo porque compungen el alma de mi esquelético cuerpo. Aún hay gente que duerme a pierna suelta y ronca plácidamente. ¡Es increíble! Mejor así.

Vuelvo a mi litera vapuleado por el bochorno y la fetidez. Alguien llora al fondo del barracón, yo dejé de hacerlo hace meses. A veces sólo mis lloros son gemidos secos. No sé por qué, debe ser que ya pasé esa fase o tal vez ya traía el depósito de lágrimas bastante escaso.

Los guardias no tardarán en entrar, nos formarán a patadas y porrazos que ya no duelen, sólo matan. En fin, poca cosa.

No hay quejas y nadie habla, sólo ellos que gritan y amenazan pero sólo les oyen los recién llegados, que aún tienen los sentidos alerta. Los demás creo que atendemos sólo a los empujones por la inercia de nuestros cuerpos. Los golpes y los bramidos de los uniformados forman ya parte del decorado. Igual que el barro, las alambradas y la torre vigía.

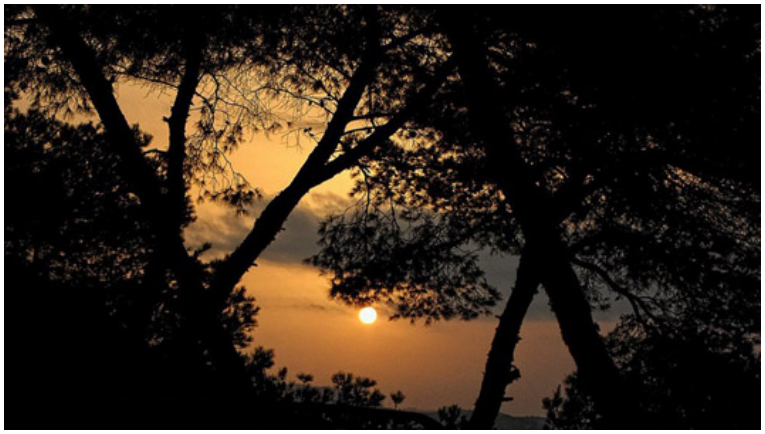
Hoy cogerán gente para cavar durante todo el día, pues veo que en el camión esperan las azadas. A cambio, mendrugos de pan y agua como rancho. Lo prefiero a las duchas.

El sol ya hace rato que se ocultó. Es imposible luchar contra el gris oscuro que vomitan las chimeneas. Si sólo fueran las nubes...

Me eligen para el trabajo. Aún soy joven, no se me han caído los dientes y mis costillas aún no se marcan en exceso. Tres condiciones en las que reparan los guardias. Tres aspectos que me harán ver un nuevo amanecer apagado,

monótono y lleno de hollín.

A los elegidos nos hacen subir al camión y no sé cómo lo logramos. Casi caigo de espaldas al hacerlo, pero me he agarrado a la blusa de un compañero al que he derribado y eso le ha costado una lluvia de golpes. Él tal vez ya no vaya a cavar, ni pruebe el rancho. Su destino puede que sea otro.

Tras unos minutos de recorrido, el camión para y bajamos a trompicones, asignándonos a cada uno su azada. Cavamos hasta mediodía sin parar. Alguno se desmaya y allí acaba su aventura. Yo hago lo imposible por mantenerme en pie y lo logro. Me llueve algún golpe que otro pero me refresca la lluvia que empieza a caer.

Mientras saboreo la comida, miro al cielo esperando que mañana haya un nuevo amanecer en el que venza el sol.